



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.^o—NÚMERO 24.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO:

Los dos caminos, por Mme. Bourdon.—**Una herencia de llanto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi idolatrado hijo Cesáreo**, poesia por don Antonio Molina Gonzalez.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**En el abanico de la señorita Eloisa Gonzalez**, soneto, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Seccion para los niños: La Virgen del Lago**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

LOS DOS CAMINOS.

(Conclusion).

—¡Cómo los ama! se decía, y ¡cuán dichosa es en esperar otra vida! ¡Ay de mí! Cuando piense en mis dos Fabianes, solo puedo ver en ellos un puñado de polvo, una sombra, ¡nada!... Y Nancy vé á los suyos en una perpétua luz, confundidos con los ángeles.... ¡Dulce y noble error!... ¡Oh! por qué no he conservado la fé de mi madre!

Se durmió, despertó con estos pensamientos, y durante muchos dias no abrió los libros que habia traído de Paris. No leyó mas, pero reflexionó mucho.... Salia muchas veces á visitar el sepulcro de su madre, y se dirigia despues á la casita de Nancy.

La pobre aldeana era siempre la misma; nada alteraba la serenidad de su semblante, un poco melancólico, como un hermoso paisaje cubierto de niebla, y manifestaba en sus largas entrevistas la misma confianza en Dios, la fé y la esperanza tan firmes que sorprendieron á Ana, porque no conocia ni le eran familiares los pensamientos y el lenguaje de los cristianos.

Sin embargo, el orgullo de la incredulidad, minado en sus cimientos por la adversidad, no dudaba ni se mofaba ya de las piadosas creencias de Nancy; la señora de Eronard oia pensativa á su anciana amiga, que hablaba siempre con gusto de Dios, y cuanto mas conocia aquella alma, tanto mas la causaba profunda admiracion, descubriendo todos los dias tesoros de ternura, de mausedumbre, de caridad, de paciencia.... Todas las bellezas morales que encomia la filosofia, florecian en el corazon de aquella mujer sin ilustracion, que apenas sabia leer, que no sabia el nombre de su departamento, y que solo conocia una cosa mas bien por intuicion que por ciencia.

Dios y su amor.

Y Ana, viendo á la pobre viuda, siempre caritativa, servicial y dispuesta á prescindir de sí

misma, no podía negar que estas difíciles virtudes provenían de su piedad y del pensamiento de la presencia de Dios, que levantaba y sostenía el alma de Nancy en esa altura tan difícil de alcanzar y conservar. Su paciencia, sobre todo, le admiraba.

Nancy padecía una dolorosa enfermedad que conllevaba tranquilamente, sin murmuraciones ni quejas, volviendo á sus labores domésticas cuando pasaban las crisis, y hablando solo de sus sufrimientos para dar gracias á Dios. Ana presencié uno de sus terribles accidentes, y se acordó de una sentencia que había leído en otro tiempo:

«Y las virtudes mas rudas de estoica filosofía vienen á ser como hábitos, y de fácil práctica, en la mujer y en el niño que invocan con frecuencia á la Santísima Virgen María.»

En su prolongada vida, semejante á un antiguo camino cubierto de sepulcros, había visto morir, pero nunca la enfermedad y la muerte se la presentaron con tal augusto carácter, é iluminado su espíritu, decía algunas veces:

—¿Tantas virtudes quedarán sin recompensa? ¿no debe haber otra vida que compense lo incompleto de la presente?... ¿Podría tener esta pobre mujer la idea de Dios, si Dios no existiese? Su cuerpo padece mil tormentos que su alma domina. ¿Perecerá tan noble espíritu con la materia? ¿No será una materia aun mas sutil?

Todo esto la preocupaba constantemente, pero nadie sabía el secreto de sus trabajos mentales. Nancy oraba mucho por ella, pero nunca la habló de la diferencia que había en su manera de pensar y de obrar; concretábase á hablar con Dios, y como la pobre enferma de las veladas de San Petersburgo, pedía que su amiga amase como ella á Dios.... Y cuando esta oracion se dirige al cielo con paciencia desde el lecho del dolor ¿no debe ser aceptada?

Ana amaba á la compañera de su infancia, y notaba con dolor los estragos que hacia la enfermedad sobre aquella débil naturaleza, para la que nada valían los auxilios de la medicina, quizá un poco tardíos. Su alma, antes sin emociones, insensible por el orgullo y la adversidad, se suavizaba insensiblemente al contacto de aquel carácter sencillez, bueno y noble.

Renacían en ella sentimientos mucho tiempo adormecidos, una inquietud afectuosa por el prójimo, su admiración por virtudes tan humildes é ingenuas, una predisposición simpática por los otros que antes nada significaban para ella, pero que tanto amaba Nancy; y en fin, una duda que la hacia decir muchas veces:

—¿Poseeré yo la verdad, ó Nancy, la ignoran-

te Nancy, será mas sabia que yo?

Nancy, que poco sabía de las cosas de la vida, no se apercebía de esta lucha interior. Amaba á Ana y utilizaba el dulce influjo de la amistad, en solicitar limosnas para los pobres de la aldea; defendiendo su causa era casi elocuente, y con los males ajenos se olvidaba de los propios. Ana siempre la complacia, y sus dones, como fértil lluvia, preparaban su alma para recibir la semilla que no debían sofocar las espinas y las piedras.

Nancy se apresuraba á practicar obras buenas, porque sus días estaban contados. Sin embargo, la muerte se adelantó á los cálculos humanos. Ana se ausentó algunas horas para ir á Tours; cuando regresó al castillo, fué á la casa de la viuda.... En la primera habitacion no había nadie, entró en la alcoba y un funesto presentimiento sobrecogió su alma.... allí vió un admirable espectáculo.

Nancy estaba en su lecho; sus facciones, pálidas y descompuestas, anunciaban la muerte; junto á ella estaban el párroco y un niño que alumbraba al Santísimo Sacramento. Acababa de comulgar, y su alma, como el incensario del templo, exhalaba perfumes celestiales.

Recogida, absorta totalmente, no hablaba; de repente abrió sus labios, y con acento dulce y modulado, recitó el trozo siguiente de un canto popular:

«Puse en el Señor toda mi esperanza, y fué mi fortaleza: conocí su dulzura en la paciencia; y ahora que estoy sola, oye mis súplicas y me llama á la patria celestial.»

Al oír esta voz melodiosa que parecía venir del cielo, el sacerdote interrumpió sus oraciones. Ana permaneció inmóvil, pero el niño unió su timbre argentino al de la moribunda, como un ángel que venía á auxiliarla en su último combate.

Dios, con tan dulces recuerdos, la inducía á concebir santas esperanzas, y disipaba sus dudas ante aquel fúnebre espectáculo; iluminada por la luz del cielo la llamaba, y ya no resistió mas. Nancy calló; juntó las manos, y dijo con acento penetrante:

—¿Cuán bueno es Dios y cuán dichosa soy! ¡Voy á verle cara á cara! Aun un momento, é iré á mi Dios....

Después añadió muchas veces:

—¿Cuándo será? ¿Cuándo será?

Levantando, en fin, los brazos con un movimiento vehemente, dijo:

—Héme aquí.

Y espiró, volando su alma cristiana al encuentro del Esposo divino que venía á buscarla.

—¡Muerte sublime! dijo Ana al sacerdote, no bien le permitió hablar su emocion; ¡qué fortaleza! ¡qué majestad! ¡Y una pobre é ignorante mujer muere así, sin terror y hablando á Dios como á un amigo!

—Bienaventurados los pobres de espíritu, por que de ellos es el reino de los cielos, respondió el sacerdote.

La señora de Eronard levantó los ojos al cielo y dijo:

—Padre mio, ¿cree V. que la conversión de una pecadora pervertida por el orgullo, contribuya á la alegría de esta bienaventurada alma?

—¡Quién lo duda!

—Pues bien, la oracion de Nancy ha sido oída.... Me convierto á Dios irrevocablemente.... ¿Cree V. que me perdone, padre mio?

—¡Ella rogará por nosotros! dijo el sacerdote señalando el cadáver.

La señora de Eronard fué fiel al llamamiento divino que habia resonado en su alma: y hoy su dolor se amortigua con la esperanza cristiana. Nancy parece haberla legado con su postrer aliento su grande amor al prójimo, y en medio de su pobreza supo dejar á los pobres una poderosa bienhechora: Nancy sirvió al Señor con la oracion y la paciencia: Ana le sirve con la oracion y la caridad.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

Cuando Andrea acabó la lectura de aquella carta, era tarde ya; y las sombras de la noche, extendiéndose por el cielo, daban un aspecto triste y sombrío á la campiña.

La imaginacion de la pobre jóven, exaltada por aquellas frases trazadas por la mano de Emma, le hacia ver doquiera asesinos y perseguidores que la inspiraban miedo á su pesar.

Sin embargo, se puso de pié y echó á andar en direccion á su morada.

En medio de su turbacion se preguntaba á sí misma qué parte habia tomado su padre en aquel crimen, y sobre todo, quién era el autor principal de él.

Aunque Martin, alucinado por el pensamiento del oro, hubiese dado la muerte al conde de Fuensanta, Andrea no se explicaba el hecho de una manera clara y exenta de dudas, puesto que el guarda-bosque no habia nombrado en su embriaguez ni una vez sola á Avendaño, y solo sí al viejo Sr. de Enriquez, de quien decía haber recibido aquel dinero.

La mente de la pobre Andrea se perdía en mil conjeturas, y se confundía en un mar de dudas y sombras.

—¿Qué haré? ¡ay de mí! se preguntaba á su pesar; ¿qué haré? ¿habré de quedarme con la incertidumbre con que vine? hasta ahora solo he logrado penetrar el secreto que separa á mi señorita del hombre que ama. Sé lo mismo que el señor Armando.... ¡oh! no; yo sé algo mas: sé la mano que hirió á su padre y robó á su hermana... y esa mano, esa mano es la de....

—Andrea calló. Miedo tenia de decirlo; horror le causaba el pensar que Martin era la parte activa en aquel drama.

—Mi señorita, el ángel que ha velado por mí siempre, va á ser infeliz toda su vida, y acaso yo, con una palabra, podia ayudarla á buscar la verdad, dando luz á la justicia para encontrarla; pero esa palabra perderia á mi padre: á mi padre á quien todos llamarian asesino; no, no, jamás: esto seria horrible.

Y Andrea aceleró el paso, y presa de mil encontrados pensamientos, no se detuvo hasta distinguir las puertas de la casa de Avendaño.

Entonces recordó el estado en que habia dejado á Martin, y tembló que el guarda-bosque, una vez pasada la embriaguez, la hubiese echado de menos y la castigase á su vuelta.

Sin embargo de este temor, se dirigió resueltamente á su modesta habitacion y penetró en ella, abriendo la puerta de par en par.

Con sorpresa suya todo lo encontró en el mismo estado que lo habia dejado á su salida.

—¿Qué es esto? murmuró; ¿tantas horas y mi padre duerme aun?

Era ya de noche enteramente, y Andrea tuvo que encender luz para distinguir los objetos.

Su primer cuidado fué dirigirse al lecho en que reposaba Martin.

Ó la embriaguez de éste era mayor que otros dias, ó existia una causa nueva que le tuviese aletargado, pues aun permanecía tendido y sin dar señales de razon.

La jóven observó con cuidadosa atencion á su padre, y notó que sus mejillas estaban encendidas, que sus labios estaban secos y que su respiracion era anhelante y fatigosa.

Tocó su frente, y su frente ardía; tocó sus manos, y sus manos abrasaban.

Una fiebre intensa habia sucedido á la embriaguez, producida por el exceso de ésta, ó por otra causa que no sabemos.

—¡Dios mio! exclamó Andrea, mi padre está enfermo!

Y olvidándolo todo, menos que era hija, pro-

digó á aquel hombre las mas dulces caricias y los nombres mas tiernos, procurando por todos los medios que su cariño le sugería, aliviar en algo su mal.

Frotó sus sienes con vinagre, calentó sus piés que estaban helados, y le hizo tragar algunas gotas de agua, que refrescaron sus abrasadas fauces.

Martin abrió los ojos lentamente y los fijó en Andrea de una manera vaga, con lá sombría expresion de la calentura y del delirio.

—Padre, dijo la niña; padre mio, ¿qué le duele á V.?

—Nada, respondió éste con ronca voz: nada! pero.... sí.... me duele.... me duele aquí!

Y llevó una mano á la frente, dejándola en ella por algun tiempo.

—¡Oh! V. está enfermo y yo voy á avisar á la señorita, voy á rogarla que haga venir al médico.

—¡No! gritó Martin asustado: no, tomaria mi pulso, tocaria mi mano, y hallaria en ella la señal de la herida.... la herida que yo mismo me hice al cortar el dedo á aquel hombre.

Andrea tembló, porque recordó cuanto aquel día habia sabido.

—¡No, no llames al médico! gritó con mas fuerza Martin; no lo llames: me preguntaria y yo tendria que decirle la verdad, porque el muerto se acercaria y yo no podria fingir.

—¡Oh! es cierto, murmuró la triste Andrea: es cierto: en medio de su delirio diria la verdad, y todos sabrian ese pasado que es necesario ocultar.

Entonces, por un movimiento espontáneo, corrió á la puerta, la cerró con llave, y aseguró asimismo las maderas de la ventana.

—En estos momentos, dijo, nadie debe oírle, nadie debe oírle sino yo: está delirando y ese delirio podia serle fatal.

El enfermo se agrababa mas á medida que iba entrando la noche.

¡Oh! qué horas de soledad y espanto aguardaban á la pobre Andrea, imposibilitada de pedir socorro y precisada á velar allí.

Martin tenia intervalos de sopor y momentos de espantoso extravío.

En estos hablaba de mil cosas incoherentes y vagas, mezclando siempre en sus palabras el recuerdo de lo pasado.

La niña no sabia qué hacer; todos los remedios que sabia ella, ó que se figuraba que podian hacer bien al enfermo, los habia puesto en práctica sin obtener resultado alguno.

Y el tiempo pasaba, y el reloj de la quinta habia hecho ya sonar una hora tras otra hora, sin

que aquella agonía tuviese término.

La soledad y la angustia de Andrea eran cada vez mayores, pues todos los ruidos de la parte afuera de su habitacion habian ido extinguiéndose, señal de que los habitantes de la quinta se habian entregado al reposo.

La pobre niña, que no podia hallar consuelo en nadie, cruzaba sus manos de vez en cuando y oraba con afán y fervor, aunque sus ruegos eran á cada instante turbados por los gritos ó por los estremecimientos de su padre.

De pronto, y entre el silencio de la noche, el reloj dió pausadamente doce campanadas.

Martin abrió los ojos al sonar la primera, y las contó una á una con afán.

Al escuchar la última, arrojó con violencia las ropas del lecho, y quiso precipitarse fuera de él.

—¿Dónde vá V., padre mio? exclamó Andrea sujetándole dulcemente; ¿dónde vá V.?

—¡Déjame! exclamó el guarda-bosque con voz desentonada; son las doce, y el señor de Enriquez me espera para que le dé cuenta de todo, y además para que lleve la niña: la niña que llora, y á quien van á oír.

—¡La niña! exclamó Andrea; ¡oh Dios mio! no hay duda ya, ya no puedo vacilar.

—La niña, sí; repitió Martin en medio de su fiebre; la pequeña que tengo escondida allá abajo, en el pasadizo subterráneo que vá desde el jardin al campo.

—¡Un pasadizo subterráneo! repitió Andrea dominada por la situacion.

—¡Calla! nadie lo sabe sino yo. En la confusion que reina en la casa, allí he escondido á la niña, sin que nadie me viese, para sacarla luego y llevársela á....

—¿Á quién? preguntó la hija de Martin, acercándose á él mas y mas, y cogiendo con fuerza su mano.

—¿Á quién ha de ser? á quien he dado tambien la llave del jardin; á quien ayudo en todo: al señor de Enriquez; que me paga: que me ha dado dinero..... mucho dinero.... el dinero es el rey del mundo y con él se puede todo... todo menos hacer que las sombras no nos persigan en el silencio de los bosques.

—¡El señor de Enriquez! siempre ese nombre, pensó Andrea; siempre ese nombre que confunde mis ideas, y que...

(Continuado).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á MI IDOLATRADO HIJO CESÁREO,

DE UN AÑO DE EDAD.

Hijo del alma mía,
 Prenda adorada,
 Perla que yo en mi pecho
 Llevo engastada;
 ¡Cuánto te adoro!
 Mi ilusión, mi esperanza,
 Dicha y tesoro.

Cada vez que te veo
 De noche y día,
 Mi corazón se ensancha
 Por la alegría;
 Y al verte solo
 Se ahuyentan de mi alma
 La pena y dolo.

Eres la flor hermosa
 De la inocencia,
 Que perfumas las horas
 De mi existencia;
 Tierna criatura,
 Eres el ángel bello
 De mi ventura.

Eres querub bajado
 Del alto cielo,
 Para endulzar mis penas
 En este suelo;
 Y por lo tanto
 Tú formas, hijo mío,
 Todo mi encanto.

Eres de mi horizonte
 Fúlgida estrella,
 Que le presta á mi alma
 La luz mas bella;
 Luz que es tan pura
 Como puro es el cielo
 De tu hermosura.

Eres el bien querido
 Que ciego adoro,
 Que mitiga mis penas,
 Seca mi lloro;
 Ser inocente
 Deja que estampe un beso
 sobre tu frente.

Deja, sí, que mi labio,
 Prenda querida
 Á quien consagro toda
 Mi pobre vida,
 Estampe un sello

De amor, en ese rostro
 Tan puro y bello.

Hijo del alma mía,
 Prenda adorada,
 Perla que yo en mi pecho
 Llevo engastada;
 Goza flor bella,
 Hoy que tu virgen cáliz
 No encierra penas.

Antonio Molina Gonzalez.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Así pasé dos meses, al cabo de los cuales mi madre me pidió que llamase un sacerdote.

«La obedecí, y por primera vez despues de tantos dias de pena, vi que un rayo de alegría iluminaba su marchito semblante, al fijar su mirada en el ministro de Dios.

«Me suplicó que les dejase solos y yo, solo también, me salí á la pieza inmediata donde me dejé caer en un sillón, abrumado bajo un peso enorme que no me sabia explicar.

«Entonces me sentí avergonzado y confuso. Sin duda mi madre iba á revelar á aquel hombre los pesares que yo la habia causado, y mi conducta, y mi apostasia.

«—Oh! exclamé, mi nueva creencia tiene la gran ventaja de hacer inútil la confesion, la confesion que á nada conduce, y que solo servirá ahora para hacer que ese hombre me mire con el odio, y la repulsion que inspira un hijo que aflige y mata de dolor á su madre.

«Sumido en estas reflexiones tan amargas para mí, pasé no sé cuánto tiempo, hasta que la puerta de la estancia que ocupaba mi madre se abrió, y apareció en ella el sacerdote.

«Ni un amigo, ni un conocido me habia acompañado en aquellas horas supremas!

«Al ver el negro traje del confesor esperímeté un sentimiento indefinible.

«Creí que aquel hombre me iba á tratar de una manera ostil, y alzé mis ojos hasta él con una mirada de amenaza, y como preparándome á la defensa.

«Contra lo que yo esperaba, aquel jóven sacerdote me miró de un modo dulce y lleno de sentimiento, y con una voz suave y casi suplicante,

«—Hijo mío, me dijo, su madre de V. está

»próxima á morir, y desea recibir la visita del
»Señor de tierra y cielo: me ha encargado par-
»ticipárselo á V. y yo le suplico que acceda á es-
»tos justos deseos y que disponga lo necesario.

—»Se hará como ella desea, contesté solamen-
»te, humillado á mi pesar por aquella dulzura y
»aquella humildad.

—»Gracias, hijo mío, me dijo tendiéndome su
»mano, gracias; es V. un buen hijo y esto le
»granjea la estimación de las personas hon-
»radas.

»Y sin añadir una palabra mas, se inclinó y
»salió en busca del Viático que mi madre debía
»recibir.

»La ceremonia fué triste y humilde. Una pobre
»madre que se moría con el dolor de dejar á su
»hijo único separado de la iglesia, y sin el con-
»suelo de esperar en el otro mundo una oración
»de sus labios. Un hijo que ni espera ni cree
»en la religión, á cuyo amparo se acoge su ma-
»dre, ambos solos, ambos angustiados, ambos
»sin tener el solemne y último placer de unir
»sus plegarias; ¡Oh! todo esto era triste y som-
»brío en demasía.

»Aquella noche fué una de las mas crueles de
»mi vida, y el día que les siguió no lo fué me-
»nos para mí. Su sol me halló huérfano, y su
»luz, solo en la tierra!

»Héctor enjugó una lágrima y permaneció al-
»gunos momentos en silencio.

»Yo también estaba conmovida.

»Á pesar del horror que me causaba cuanto
»acababa de saber, comprendía que mi esposo
»había sido tan desgraciado como culpable y mi
»corazón, cegado por la ternura que siempre le
»había profesado, le disculpaba casi en aquel
»momento.

»Cuando pasaron algunos instantes y él pudo
»reponerse de su emoción,

—»Las horas que siguieron, me dijo, fueron
»penosas, muy penosas para mí. El cadáver de
»mi madre fué velado por el sacerdote que ha-
»bía recibido su confesión, que no le abandonó
»un segundo siquiera. En cuanto á mí, si bien
»de vez en cuando me dirigía algunas palabras
»de consuelo, apenas podía entenderle, pues mi
»dolor me tenía anonadado, y él no se atrevía sin
»duda á entrar conmigo en una larga discusión
»acerca de la otra vida.

»Dos ó tres veces se aproximó á mí con el fin
»de decirme alguna cosa, y dos ó tres veces le
»ví retroceder y volverse á rezar las preces de
»los muertos junto á los restos de mi madre.

»Al fin como el tiempo pasaba, tuvo precisión
»de decidirse, y me dijo dulcemente:

—»Su madre de V. ha muerto en el seno de la

»religión católica, y sus últimos deseos han si-
»do que se la dé sepultura como á tal; espero
»sus órdenes para obrar en esto, hijo mío.

»Yo incliné la frente sin responder: siempre
»en lucha con todo lo que me cercaba, creía una
»infamia desobedecer á la que me había dado la
»vida, y juzgaba un desvario aceptar las prác-
»ticas de una religión de la cual me había se-
»parado.

—»Yo pudiera, murmuró lentamente el sacer-
»dote; yo pudiera reclamar como un derecho, lo
»que pido á V. en tono de súplica: sin embargo,
»no lo hago porque sé que en medio de todo es
»V. un hijo que amaba con delirio á su madre,
»y le dejó obrar libremente; recordándole solo
»su última voluntad, la postrer súplica que le
»hizo al morir anegada en lágrimas.

—»Cúmpla V. su deseo, respondí haciendo un
»supremo esfuerzo; cumpla V. su deseo! ese ca-
»dáver le pertenece: tomé V. ese dinero: ¡es todo
»cuanto poseo! que la iglesia le consagre sus úl-
»timas preces ya que así lo quería.

»Aquel hombre vaciló un instante; después
»rechazando mi mano dulcemente me contestó:

—»No era oro lo que yo esperaba; V. segun
»creo, no tiene á nadie en Madrid y puede nece-
»sitar ese dinero, guárdelo V.; yo me encargo de
»lo demás.

»Y sin añadir una palabra salió de la estancia
»y yo quedé solo por algunos instantes.

»Reemplacele durante su ausencia en el triste
»deber de velar á mi madre, y pasé mas de una
»hora junto aquellos restos queridos.

»En aquel semblante pálido y helado se refle-
»jaba una paz profunda, algo de la dulce quie-
»tud que y disfrutaba la que tanto y tanto ha-
»bía sufrido en este mundo.

»En medio de mis tristes pensamientos escu-
»ché el ruido de algunos pasos, y el eco de una
»funebre armonía.

»Me estremecí de horror.

»Ay! sin duda venían por ella.

»Así era, en efecto.

»Los ministros de aquel Dios que tanto había
»amado estaban allí, para llevarla á recibir la
»postrera despedida de la Iglesia, madre ca-
»rriñosa que ni aun después de la muerte des-
»ampara á sus hijos!

»Yo, Consuelo, la deje ir y me quedé solo, ol-
»vidado de todos!

»No me atreví á acompañarla.

»Separado de la Iglesia, no debía entrar en
»ella, y, ¡ay de mí! en mi nueva religión no po-
»día encontrar consuelo.

»Porque ¿á qué negártelo? queriendo olvidar
»unas creencias, anhelando adquirir otras, mi

«alma se había quedado sumida en esas opacas nieblas, que se asemejan al crepúsculo de una tarde de invierno, en que ni distinguimos los ardientes rayos del sol que se aleja, ni vemos los pálidos fulgores de la luna que aun no aparece.

«En suma, ¡yo no creía, yo no creo en nada!

«Y este estado era mas espantoso aun en aquellos instantes en que este mundo no me ofrecia tampoco ni dicha, ni esperanza alguna.

«Al declinar la tarde me entregaron la pequeña llave de un ataúd.

«¡Era cuanto me quedaba en la tierra de afecto, de familia, de amor!

«Algunos dias despues, las campanas tocaban con melancólico sonido, pidiendo á los vivos oraciones para los muertos!

«Sin darme cuenta de lo que hacia, dirigí mis pasos al cementerio, y confundido con la multitud llegué á las puertas de aquella morada de reposo.

«Busqué entre los sepulcros el sitio en que reposaba mi madre, y le hallé protegido por una cruz y cubierto por una sencilla lápida donde estaba escrito su nombre. Pero ¡ay! ni una luz, ni una flor, ni una corona ornaban aquella cruz, ni iluminaban aquella piedra, fria y desolada como mi alma.

«Una profunda tristeza llenó mi corazón y permanecí muchas horas inmóvil y mudo en aquel lugar.

«Entonces te ví pasar ante mí, Consuelo, y leí en tu mirada el interés y la compasion que el mundo entero me negaba. Algo que yo no supe explicarme pasó por mi ser: hasta aquel dia mi corazón no habia amado, no habia experimentado ese dulce sentimiento que ilumina y embellece la senda de la vida. Cuando te miré, creí que ya no estaba solo: me imaginé que el espíritu de mi muerta madre, saliendo de su sepulcro y vagando en torno tuyo, te habia confiado la mision de amarme y velar por mí.

«La casualidad se encargó de acercarnos, bien lo sabes, y sabes tambien todo lo que pasó despues; lo que ignoras es que Williams volvió, que de nuevo se hizo dueño de mí, que torné á ser en sus manos un instrumento de sus planes, y que he seguido en Madrid la misma conducta que en mi ciudad natal: que aquí como allí me ocupo en difundir el protestantismo, cuyos apóstoles finjo admirar; que aquí como allí defendiendo sus doctrinas, sigo sus prácticas, extendiendo su culto, pero que ahora como entonces estoy sujeto á Wamprey con una cadena de hierro! que le aborrezco, que le tengo miedo, que finjo siempre ante él, dándole mi vida en cambio de mi secreto; que tengo que seguir ade-

«lante, y que ¡ay! no quiero mirar al fondo de mi alma porque es un desierto árido, un abismo espantoso!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EN EL ABANICO

DE LA SEÑORITA ELOISA GONZALEZ.

CIEGA Y POETISA INSPIRADA.

Como la nieve de la cumbre, pura,
Como el arrullo de paloma, cándida,
Como violeta del arroyo, humilde,
Como la esencia del arcangel, sabia,
Como el alma del Dante, soñadora,
Eloisa, es tu alma.

Cerrados á la luz tus dulces ojos
No la veo lucir en tu mirada,
Pide al Señor que ante su excelso trono
Pueda de luz ceñida contemplarla;
Y si ciego he de ser, cieguen mis ojos;
Que vale mas la eternidad soñada.

Francisco Jimenez Campaña.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

LA VIRGEN DEL LAGO

(Conclusion.)

Dominando el grito de angustia que se escapó de todos los corazones; dulce, vibrante, celestial y armonioso, se elevó el acento de Cristina, entonando un himno de triunfo y de gratitud al Dios de la misericordia, cuyo poder apaga el fuego y enciende el hielo, porque el fuego y el hielo son hechuras de su santa mano.

Entonces el entusiasmo de la multitud no tuvo límites.

Comprendia que el Dios que sabe hacer tales milagros es el Dios único, verdadero; el solo digno de culto y adoracion, y mas de trescientas personas pidieron allí mismo el bautismo, arrastradas por la irresistible influencia de aquella milagrosa niña.

Pero como en contraposicion de la luz existe doquier la sombra, como á cada conquista del cielo responde un estremecimiento de furor en el infierno; el espíritu de Luzbel, lleno de impotente ira, corrió á albergarse en el corazón de Dion, para inspirarle el sentimiento de venganza que se agitaba en él, como en un mar de embravecidas olas.

Solo así se explica la ceguedad del insensato ante tan visible prodigio, y su ensañamiento contra aquella niña celestial.

Solo así se explica que, anhelando acallar

aquel acento divino, que se alzaba tranquilo hasta Dios, la mandase arrancar la lengua para que su voz no penetrase en el alma de los que la escuchaban.

Y así se hizo; y Cristina quedó muda.

Pero en su rostro resplandecía la llama divina de la inocencia y de la fé.

—Es preciso que muera, gritó Dion: su ejemplo es fatal á los dioses del imperio; la alegría y la paz que se reflejan en su semblante, bastan para hacer que esa turba de imbéciles que la contemplan, se resuelvan á adoptar la misma creencia que ella profesa.

Y enloquecido por este afán dió orden de que fuese quemada viva, y para ello la metieron en un horno, creyendo de ese modo poner término á su existencia.

Mas ¡ay! ¿quién habrá que se atreva á luchar con el poder de Dios? Cinco dias estuvo la santa niña envuelta entre las ardientes llamas, sin que un solo cabello de su cabeza fuese tocado por el fuego.

Entre tanto, la confusion seguia, las conversiones se repetian; el Señor, que habia escogido aquella débil criatura para mostrar toda la inmensidad de su poder, veia caer á sus plantas y humillarse ante su trono las almas mas fuertes y los espíritus mas rebeldes antes.

El gobernador y sus secuaces no podian ya dominar aquella rebelion contra los ídolos del imperio, y no tenian tiempo para encarcelar nuevos cristianos, ni para formar sumarios y dictar sentencias.

Marina habia sido olvidada en medio de esta agitacion, y tuvo ocasion de salir de su encierro y de correr por todas partes buscando á la que llamaba su hija, y á la que amaba con todo su corazón.

Aquella mujer sencilla y creyente habia arrojado la primera semilla de la fé en el alma de Cristina, y Dios la recompensaba permitiéndola ver los hermosos frutos que aquella semilla producía.

Cuando Marina salió de su prision no se hablaba en Toscana sino de los prodigios que Dios habia obrado en favor de Cristina, y de la multitud de almas iluminadas por la santa luz del Evangelio.

La nodriza corrió por todas partes en busca de su hija adorada, y la encontró ilesa en medio del fuego de que estaba rodeada.

Marina cayó de rodillas ante aquel ángel de amor, y extendiendo las manos hacía ella,

—Cristina, hija mia, grito; pide á Dios que acepte tambien el sacrificio de mi vida.

—Madre mia, respondió la niña; el Señor ha

oido mi ruego; y ya que ha manifestado en mí su infinito poder, vá á concederme la celeste palma y á ceñir mis sienes con la eterna corona: tú que bendijiste mis desposorios con Él, presenciarás tambien mi entrada en las mansiones de mi esposo. Yo anhele ya dejar la tierra y volar al cielo, y el término de mi vida se acerca.

En efecto, la niña fué sacada del horno y llevada á la plaza inmediata, donde la ataron á un añoso árbol para que fuese asaeteada.

Cristina habia dicho muy bien.

Su ruego habia sido escuchado por Dios, y éste no quiso retardar mas tiempo el dia de su triunfo.

La primera flecha disparada por la mano de un soldado del emperador, fué á herir su purísimo corazón, rompiendo los lazos que la ligaban á la vida.

Su frente pura se inclinó; sus rubios cabellos la cubrieron como un manto de oro, y de sus labios de rosa se escapó el último suspiro con el postrer himno de alabanza á Dios.

Marina, que se hallaba muy cerca, corrió á ella, pero una segunda flecha disparada contra Cristina, la hirió en la garganta y la dejó sin vida tambien.

La promesa de la niña acababa de cumplirse, y aquellas dos almas, tan unidas en la tierra, unidas tambien llegaron al cielo.

Infinidad de paganos se convirtieron á la ley de Cristo por la influencia de Cristina, que llevó en arras de su union con Dios aquellas almas, purificadas por el martirio.

¡Oh! ¡qué dichosa, qué feliz seria Cristina en medio de su gloria, al ver que ella, niña tierna y débil, habia conseguido tan inmenso triunfo sobre los enemigos de Jesucristo: habia llevado con su inocencia tantos santos á los cielos!

¡Ay hijos míos! no os detenga vuestra humildad, no os acobarde vuestra impotencia al intentar esos hechos grandes que elevan el alma y la rodean de luz inmortal.

Dios, que dijo en medio de las anchas calles de Judea: «Dejad venir á Mí los niños;» Dios, que humilla al fuerte y eleva al humilde, os tenderá su mano y os dará su ayuda cuando emprendais algo en honra suya.

Fé, hijos míos, y caridad y esperanza, y el reino de la gloria será vuestro, y podreis decir á imitacion de los santos niños, cuya historia os he referido: «La inocencia y el amor son las llaves seguras de las puertas del cielo.»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.